

Actual (Mérida) (29): 247-250,  
Mayo - Agosto 1994.

## EL CAPITÁN ALONSO DE HOJEDA EN SU LECHO DE MUERTE PIENSA Y RECUERDA A VENEZUELA

---

Mariano Nava

---

*...Digo que tanta sed pasamos, que en las lenguas y bocas teníamos grietas de la secura, pues otra cosa ninguna para refrigerio no había. ¡Oh, qué cosa tan trabajosa es ir á descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar sino los que han pasado por aquestos excesivos trabajos en que nosotros nos vimos.*

*Bernal Díaz del Castillo. La conquista de la Nueva España, I.V.*

A mi amigo, el Padre Franco.

Aquel mediodía en que llegó por primera vez a la costa de Isla de Toas el Capitán Alonso de Hojeda lo que le provocó fue devolverse inmediatamente a España y olvidarse de todo. Si, el Capitán Alonso de Hojeda, a quien la corpulencia bastaba para

defenderse de cualquier peligro (pues según decir del Padre Las Casas «*todas las perfecciones que un hombre podía tener corporales parecía que se habían juntado en él, sino ser pequeño*»). Criado del Duque de Medinaceli y protegido del Obispo D. Juan de Fonseca, que se distinguió valerosamente en la Toma de Granada; el mismo que ante los ojos asombrados de Su Majestad Católica, la Reina Isabel, osó hacer de malabarismos sobre un madero que sobresalía de la punta de la Torre de Sevilla y que, no conforme con esta hazaña, bajó luego y apoyando el pie izquierdo en su base, lanzó una naranja que le llegó a lo más alto, no siendo chico el argumento este de la fuerza que tenía en los brazos; el Capitán Alonso de Hojeda, que había vadeado ya todo el norte del continente desde las costas de Suriñám hasta Coro y Curazao, pasando por la boca del Esequivo, a la de Serpientes y Costa de Perlas, el mismo que en Santo Domingo no había vacilado al cortar las orejas a un indio infiel para escarmentarle por robar las ropas a un Cristiano, y que había finalmente apresado sin ayuda de nadie al poderoso Cacique Caonabó; el Capitán Alonso de Hojeda, primer gran explorador de las Tierras del Nuevo Mundo que, habiendo sido emponzoñado por las flechas de los indios de Urabá, hízose aplicar planchas de hierro caliente para curar las heridas, amenazando a su médico de hacerlo ahorcar si le desobedecía. Pues bien, ese mismo hombre valiente y esforzado fue abatido por un profundo sentimiento de desolación y de tristeza cuando aquél mediodía de agosto de 1499 avistó por primera vez las resacas costas de la Barra de Maracaibo.

Atrás habían quedado los kujés y los médanos del Cabo de San Román y el fresco verdor volvería cuando pasara por lo que luego él mismo llamó el Golfo de Veneciuela y el Cabo de Coquibacoa, por la Isla de Pájaros y la de Providencia, hasta llegar al Puerto de San Bartolomé, casa del Gran Señor Maracaibo, donde le estaría esperando, sin él siquiera saberlo, el pecho desnudo y tibio de la india Isabel. Pero en ese momento, en ese preciso instante en que, recostado al puente de babor, la ráfaga de aire hirviente le golpeó

la frente y nariz y le obligó a cerrar los grandes ojos al bochornoso espejismo del luminoso mediodía (que tan grosera irrupción de luz no había sido hecha para sus castellanas retinas), pues que le era imposible de discernir, entre el brillo albiceleste del firmamento y el claro azul plomizo de una mar todavía no dulce pero ya no tan salada, la línea arcillosa y desnuda de la costa sin un árbol siquiera, en ese instante, repito, al Capitán le entró un miedo terrible: el miedo que se siente cuando se está ante algo desconocido y que se adivina supremamente superior: cuando se está a punto de engendrar algo que se sabe va a escaparnos de las manos. Y el Capitán con los ojos cerrados y mojados por la necesidad y el estupor, pero también por el miedo, pensó y recordó su Cuenca natal, y la corriente fresca del Júcar y la brisa tibia de Castilla La Vieja, y quiso devolverse allí mismo y olvidar para siempre la Tierra Nueva, y las plumas de los papagayos y de los guacamayos de Guadalupe, y las pepitas de oro del río Yaquí y las minas de oro del Cibao. Pero no: la Salve Regina de los marinos le hizo volver en sí, pensó en ellos y siguió adelante.

Y ahora que el Capitán va a morir, con los ojos igualmente cerrados y mojados mira sus manos encallecidas, curtidas y cuarteadas y se le antoja que esas manos, con las que buscó toda su vida riqueza y poder para España, con las que guió su espada cristiana sobre el cuello de miles y miles de infieles aborígenes (para indignación deste Padre Las Casas), las mismas con las que recibió la Real Cédula que lo hacía Primer Gobernador de aquella Isla de Coquibacoa, y con las que atravesó medio Mar de las Antillas para venir a morir a esta misma ciudad de Santo Domingo que con estas mismas manos ayudó a fundar, estas manos, piensa, se parecen a aquella tierra seca, dura y áspera que le produjo un miedo tan parecido al que siente ahora.